

DULCE PÁJARO DE JUVENTUD
(*Sweet Bird of Youth*, Richard Brooks 1962)

Rosendo Jesús González Texeira

Me resulta tremendamente extraño estar escribiendo este artículo. Por la razón del mismo y por todo lo que esto conlleva. Hace unos días me encontré con un antiguo compañero de facultad en la entrada de una de estas multisalas de cine, que un día acabaron con las otras, con las de toda la vida, con las que nos enseñaron a respetar y amar el mal llamado 7º Arte. Tras una trivial conversación intentando ponernos al día tras años y años sin tener contacto alguno, me comentó: Fernando se jubiló y le preparamos un homenaje. Era una noticia que ya conocía (lo de la jubilación), me la habían comentado días atrás y me supuso, en aquel momento, un choque para los sentidos. En realidad, no porque pensase que este profesor universitario fuese a estar eternamente en su puesto, sino porque no me imaginaba alguien tan vital como él en el retiro, ni siquiera que hubiese llegado a la edad.

Conocí a Fernando en mi segundo año de Universidad, cursando 4º de Historia del Arte. Desde el primer momento, intuí una persona entregada a su profesión y enamorada del Cine, no sólo de las películas, sino de todo lo que conlleva la industria. A partir de ahí, forjamos una amistad, abandonada en los últimos años, que recuerdo con mucho cariño y de grandes experiencias. Así que, cuando este compañero me ofreció ser parte del homenaje, no me lo pensé y acepté participar sin más.

Fernando había elegido cincuenta películas de las que se llevan en la memoria pero más en el corazón, esas que siempre nos sacan una sonrisa por los recuerdos que nos devuelve a unos momentos, unas palabras, unos gestos y unas historias relacionadas con la misma. Cuando nos despedimos, quedamos en que me mandaría las películas que aún no habían sido elegidas por otros participantes para que decidiera cuál quería comentar. Me di cuenta de que, a pesar de los años pasados, no parecíamos dos extraños, sino dos amigos que se encuentran para pasar un rato en compañía y deciden llevar adelante un proyecto para celebrar una amistad conjunta. Y todo eso lo consiguió simplemente ese momento, el momento de entrar en una sala y dejarnos transportar por la magia del cinematógrafo. Un momento fomentado, con su pasión, por nuestro amigo Fernando Gabriel Martín Rodríguez.

A los dos días recibí el mensaje con las películas restantes, cuatro de cincuenta iniciales:

Esposas frívolas (1922) de Eric Von Stroheim, película elevada a la categoría de mito por ser dirigida por quien la dirige, pero que a mí me deja completamente indiferente.





Rumbo a Java (1954), una película con Fred MacMurray en torno a una trama de aventuras en el mar.

El ruido y la furia (1959), un melodrama de la Fox, la productora favorita del homenajead, dirigido por Martin Ritt y con un Yul Brinner derramando en la pantalla todo su sex appeal de macho poderoso. Interesante en muchos aspectos, pero francamente aburrida.

Dulce pájaro de juventud (1962) de Richard Brooks, la elegida.

Casualidades de la vida, ésta fue una película importante para mí en muchos sentidos y, por supuesto, una de las que me trae recuerdos de momentos y experiencias, de esas que los amantes del cine guardamos como tesoros. Recuerdo que fue la primera película que mis padres me dejaron ver por la noche en la tele, a pesar de que acababa después de las once, al día siguiente tenía que ir a la escuela y venía con dos rombos. Recuerdo también que no entendía tanto movimiento sin sentido de la cámara de un lado para otro y que los actores se quedaran muchas veces fuera del plano (se les oía pero no se les veía). Tiempo después aprendí lo que eran los formatos de gran pantalla y lo que pasaba cuando se traspasaba a la tele y no se respetaban esos formatos, de ahí los movimientos ficticios de la cámara.

Mi familia siempre fue muy aficionada al cine y mi padre se sentó conmigo y me incitó a averiguar que había sido de aquella rubita finita que era la protagonista, porque no la recordaba en ninguna película posterior. También quería saber si la obra de teatro era igual que la película o habían hecho como con *La gata sobre el tejado de zinc*, del mismo director y con el mismo protagonista, cambiando la trama (de tintes homosexuales) para superar la censura. En aquella época no teníamos Internet

ni Wikipedia, así que sólo nos quedaban los periódicos, la biblioteca municipal y preguntar a la gente conocida y amante del cine.

En ese aspecto yo fui un afortunado. Mi abuelo, Mario Texeira, fue el operador del cine Toscal y él conocía más que nadie las informaciones que llegaban a los cines o, si no, quién nos la podía dar. Y así supimos que Shirley Knight era una reputada estrella del teatro, que en su carrera al estrellato cinematográfico no tuvo mucha suerte, a pesar de dos nominaciones al Oscar, siempre como secundaria (*Al final de la escalera*, 1960, y *Dulce pájaro de juventud*, 1962). Que la Warner, compañía con la que tenía un contrato en exclusiva, la usaba tanto para películas como para series de TV, pero no tenía mucha fe en ella... Que protagonizó, en los 60, películas como *El Grupo* (1966) de Sidney Lumet, *Petulia* (1968) de Richard Lester o, su interpretación más recordada, *Lluve sobre mi corazón* (1969) de Francis Ford Coppola. Que en esta película era la aparentemente frágil y virginal hija del Jefe Begley, siempre a la vera del padre para representar la familia americana perfecta. Enamorada de Chance (Newman), no duda en abandonarlo todo por él, después de haber renunciado a su amor por las mentiras de su padre y de convertirse en su única tabla de salvación.

En cuanto a la obra de teatro, realmente representaba la misma historia, la de un aspirante a actor, con sueños de grandeza, que terminaba de gigoló y no dudaba en enredarse con una estrella borracha y madura en decadencia, con la intención de chantajearla para que le buscara una oportunidad. Todo esto volviendo a su ciudad natal para encontrarse con el que fue y sigue siendo su único amor, la hija del cacique de la ciudad, quien maneja a su antojo los asuntos ciudadanos y familiares.

Sólido melodrama, en brillante Cinemascope, según Fernando el sistema de pantalla más perfecto para el ser humano, al estar construido en horizontal al igual que nuestro sistema visual, dirigido por Richard Brooks.

Brooks, brillante guionista, había saltado a la dirección en 1950 de la mano del productor de la serie de musicales más excepcional de la Historia del Cine, Arthur Freed en la Metro Goldwyn Mayer, la gran rival de la Fox y mi favorita de siempre. Años después, otra paradoja más fruto de mi relación con Fernando, Arthur Freed se convertiría en el objeto de mi tesis (algún día la finalizaré) que Fernando me dirigiría y, en parte, me ayudaría a investigar, en un viaje a Los Ángeles que guardo como una de las experiencias más enriquecedoras de mi existencia.

La carrera de Richard Brooks está plagada de adaptaciones de obras de gran peso literario: *Los hermanos Karamazov* (1958) de Fiódor Dostoyevski, con Yul Brynner como principal protagonista; *Elmer Gantry*, de Sinclair Lewis en la película *El fuego y la palabra* (1960) interpretada por Jean Simmons, Burt Lancaster y Shirley Jones; *Lord Jim* (1965) de Joseph Conrad, con Peter O'Toole; y *A sangre fría* (1967), excelente docu-drama basado en la novela de Truman Capote.

Brooks también llevó a la pantalla novelas de autores menos conocidos para el gran público, como Frank O'Rourke, en el western *Los profesionales* (1966). Su última película en esta década fue *Con los ojos cerrados* (1969), drama escrito por el propio director y que estaba protagonizado por Jean Simmons, su esposa desde 1960.

A pesar de la destreza de Brooks al elaborar el guión y de que la sutileza de sus movimientos de cámara y montaje ayudan a quitarle peso a la teatralidad del melodrama, su origen es evidente, aunque esto no se convierte en una carga para



una película con un ritmo pausado, fomentado por los flashbacks, que camina lento pero con paso firme a su violento y duro desenlace.

Pero si hay que destacar algo de esta película, son sus actores, desde los secundarios: Ed Begley, creo que nunca me gustó en ninguna película y estoy seguro que fue por su papel de miserable, manipulador, asqueroso, traicionero y ladino político del lugar, que no se detiene ante nada con tal de conseguir sus propósitos y que no le importa nada más que la consecución de sus planes; Mildred Dunnock, con la mejor y última frase de la función, protectora del amor puro y real de la pareja protagonista, o Rip Torn, el celoso hermano, siempre intentando conseguir la aprobación de su padre, llegando a la violencia más extrema, hasta la ya nombrada Shirley Knight, Geraldine Page o el protagonista absoluto, Paul Newman.

A Geraldine Page siempre la recordaré, aparte de por su estrabismo y esta película, como la estúpidamente reprimida protagonista de *Verano y humo* (1961) que se queda sola por no entregarse a su amor verdadero y se convierte en todo lo que ha estado criticando toda la película en brazos de un desconocido, y la asesina, estúpidamente descubierta, de *¿Qué fue de Tía Alice?* (1969) por el único crimen que no quería cometer, pero que la entrometida de Ruth Gordon la obliga a llevar a cabo.

Aquí representaba un trasunto, *bigger than life*, de protagonista de *El Crepúsculo de los Dioses*, que cree haber interpretado su peor papel, cuando ha sido un éxito inigualable en su carrera (casi como en la vida real) y que mantiene a un gigoló como si de un muñeco se tratase, aunque al final muestre un tanto de decencia y se ofrezca a sacar al protagonista de aquel lugar donde sólo encontrará la desgracia.

Y por supuesto Newman, llenando de magnetismo la pantalla. Bello como un querubín, pero lascivo como un fauno. Capaz de las mayores bajezas manteniendo una compostura y un aire de inocencia que trasciende su proceder y pone al público de su parte, justificando su detestable proceder. Dando vida a un perdedor, desesperado por ganar en alguna ocasión, el actor se rinde ante el único amor que puede redimirlo, sin saber el oscuro secreto que ella guarda en su pasado y que tiene que ver con una tarde de amor furtivo en una cabaña del muelle.

Ella y su tía Nonnie son la única tabla de salvación que le queda, luego de que Alexandra del Lago le haya dejado claro que no va a conseguir nada de ella y mucho menos chantajeándola. Y hasta en eso sale perdedor, con una novia que abortó a su hijo y ahora no quiere verlo porque sabe que su padre lo matará y un amigo, el hermano de su novia, que siempre le odió y termina con lo único bello que le queda, su cara, poniendo fin, de paso, a su sueño de triunfar en el mundo del cine.

Con un final que hubiese firmado el mismo Douglas Sirk (al que no le gustaban los desenlaces felices, sino abiertos a interpretaciones negativas), en el que Chance y Heavenly, nombre más que apropiado a la imagen de Shirley Knight durante toda la película, pero también muy apropiado cuando se descubre toda la verdad de su aborto porque ella sigue siendo la chiquilla sin mácula, a pesar de la suciedad que le ha rodeado toda su vida.

Todos al final consiguen su merecido, Torn el desprecio de todos, incluido su padre, Newman y Knight, marcharse juntos como siempre planearon, supuestamente sin nada, pero tienen a tía Nonnie para ayudarles. Y Begley, Begley, solo, te pudrirás en el infierno.

